

LAS IDEOLOGIAS ECONOMICAS Y SU PAPEL EN EL DESARROLLO DE AMERICA LATINA (*)

Dr. MANUEL AGUSTIN AGUIRRE.

EL SENTIDO DE CLASE DE LAS IDEOLOGIAS

Las ideas no nacen en el aire; son el resultado de las condiciones económico-sociales en las que produce y vive una sociedad determinada. La conciencia social formada por las distintas expresiones ideológicas (concepciones filosóficas, morales, políticas, jurídicas, económicas, artísticas, etc.), son el resultado, el reflejo del ser social, de sus condiciones de vida. En una sociedad dividida en clases, no pueden existir ideologías "neutras", como se acostumbra afirmar, ya que prenden sus raíces en la contradicción, en la oposición de una sociedad desgarrada por intereses

(*) Conferencia pronunciada por el Dr. Manuel Agustín Aguirre, ex-Vicerrector y ex-Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, de la Universidad Central, en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, el día 10 de septiembre de 1962, durante el V Cielo Internacional de Verano, y reproducida por la Escuela Nacional de Economía de la Universidad Autónoma de México, cuyo texto utilizamos.

contrapuestos. Algo más: las ideas imperantes en una sociedad corresponden a la clase dominante. La clase que detenta los medios de la producción material, controla y dirige la producción espiritual; la que domina económicamente, lo hace también espiritualmente.

Esto explica el que Aristóteles, la inteligencia más clara y profunda de su tiempo, por ejemplo, justifique y defienda la esclavitud, con una insistencia que atormenta y repugna, considerándola como una cosa útil y justa, conforme con la "naturaleza" de los hombres; pues por naturaleza, unos nacen para mandar y otros para obedecer; unos libres y otros esclavos, hallándose inclusive prefigurada su forma corporal al destino que les corresponde: los miembros duros y robustos para el trabajo o el tallo flexible y erecto para las actividades de la política y la guerra.

La religión, que en su etapa primitiva se tiñe de cierta protesta en la boca de los esclavos, se transforma luego en el instrumento utilizado por la aristocracia feudal dominante, para justificar la propiedad privada terrateniente, la explotación del siervo, la monarquía de origen divino, la jerarquía feudal, sancionando con los horrores de la Inquisición los desmanes de la heterodoxia.

Y la burguesía capitalista, que en los primeros tiempos de su ascenso, en su lucha contra el feudalismo, nos hablara con entusiasmo ilusionado, de la brillante trilogía formada por la libertad, la igualdad y la fraternidad —que luego resultaron lo que en realidad eran, libertad para la empresa privada y el capital, angustiosa desigualdad económica y guerra a muerte en la competencia desenfrenada— muy pronto reniega de su estruendosa fraseología para entregarse, en la etapa imperialista, a las delicias sanguinarias del nazifacismo que, disfrazado de "nacional-socialismo", para engañar a las masas, se asienta sobre la persecución sanguinaria a los trabajadores; o adopta la tan ponderada "democracia", "democracia del dólar y de la bomba atómica", que se levanta sobre la discriminación racial y la esclavitud tenebrosa del negro. Hay que aprender a caminar con tiento, pues

detrás de las ideas y las palabras, acechan siempre, directa o indirectamente, los intereses de clase.

Pero si bien las ideologías constituyen el reflejo de las condiciones de la vida material y los intereses de clase, ejercen, a su vez, una gran influencia en el desarrollo o estancamiento de la sociedad; pueden hacerla progresar o detenerla; impulsarla o frenarla, según su orientación y contenido.

En la sociedad actual, dos son las ideologías fundamentales que se enfrentan y polarizan en la concepción, discusión y solución de los diversos problemas que se plantea la humanidad: la ideología capitalista imperialista, y la ideología socialista; pues las llamadas terceras posiciones no son sino una forma de entregarse, con armas y pertrechos, al enemigo.

LA IDEOLOGÍA ECONÓMICA BURGUESA

La ciencia económica burguesa se desenvuelve paralelamente al desarrollo del capitalismo, del cual constituye en gran parte su expresión ideológica.

En este sentido la obra smithiana debe considerarse un verdadero hito en la consecución de tales objetivos. Arremete contra las instituciones económicas, sociales y políticas del pasado, atacando el despilfarro y la inutilidad de la nobleza terrateniente, la milicia y la burocracia improductivas; pues el trabajo y la productividad del mismo, no sólo constituye el fondo que provee a la nación de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, sino del excedente social que le permite la acumulación; y, por lo mismo, ha de ser el objetivo fundamental del desenvolvimiento económico.

Ricardo, golpea, con sus manos de dios, contra la propiedad terrateniente feudal, formidable obstáculo que se opone al desenvolvimiento económico: El aumento de la población, que obliga a utilizar tierras cada vez menos fértiles, determina el incremento constante de la renta de la tierra, en virtud del monopolio de la misma, y que una gran parte del ingreso vaya a parar a manos de los terratenientes dilapidadores; un ascenso de

los salarios nominales, debido al aumento del precio de las subsistencias; y una baja de la tasa de beneficios, que disminuye el incentivo de la producción, llegando a paralizarla. Se trata de un estado estacionario en el que se detiene la acumulación del capital y el consiguiente desarrollo económico. Por otra parte, se pone al descubierto la profunda contradicción del sistema, ya que el mismo acicate de su crecimiento, determina su inmovilidad.

John Stuart Mill, sigue los mismos lineamientos de Ricardo, pero trata de cubrir la inmovilidad del estado estacionario con las bellezas de una imaginación ingenua.

En el fondo, para los clásicos, la remoción de los obstáculos feudales permitiría no sólo el incremento del excedente creado por la sociedad, sino el arrebatarlo de manos de los terratenientes parásitos y dilapidadores, para invertirlo en las condiciones de la libre empresa, la iniciativa privada y los milagros de la competencia. "Laissez faire, laissez passer", constituye el lema de este desarrollo.

La verdad es que el desarrollo económico capitalista, una vez liberado de las trabas feudales, que saltaran en pedazos bajo las violencias de las revoluciones burguesas de los siglos XVIII, XVIII y XIX, ha adquirido un impulso formidable. Hay que anotar que el desarrollo de las "riquezas de las naciones" era unilateral, para una sola clase, la clase burguesa dueña de los medios de producción, mientras la clase proletaria, su antítesis, se debatía, cada vez más, en la desocupación, las crisis, la miseria y la desesperación, adquiriendo conciencia de sí misma.

En estas circunstancias, era lógico que el pensamiento de la burguesía satisfecha comenzara a horrorizarse de la revolución y el cambio, condiciones de todo desarrollo y progreso social, y elaborara teorías simplemente apologéticas que han de justificar y exaltar la perfección y eternidad del sistema. El aristocrático y reverendo Malthus, con sus falaces progresiones, geométrica y aritmética, entre el crecimiento de la población y las subsistencias, trata de arrojar sobre las espaldas de la naturaleza, las consecuencias desastrosas del sistema, negando, frente a los "posibilistas" como William Godwin, que creen en el progreso social,

toda esperanza de mejoramiento mientras no se controle la actividad procreadora del hombre.

En otros términos, una vez que la burguesía capitalista, ha llegado a remover de raíz la estructura feudal que le impedía arrellanarse, cómodamente y sin obstáculos, en el sillón de la historia, se olvida de ésta o mejor la suprime, pues considera que se ha llegado a la ansiada "estación terminal", en la que sólo hay que descansar sin las preocupaciones de una nueva aventura. Los economistas comenzaron a parecerse, como anota Baran, "a aquella señora de Boston que, en respuesta a una pregunta de si había viajado mucho, hacía observar que no tenía necesidad de viajar puesto que había sido lo bastante afortunada para nacer precisamente en Boston". La discusión sobre el viaje económico, pues, cesó por completo. Tanto los Say con su "teoría de las salidas", que niega la posibilidad de las crisis, que desgraciadamente para ella se repiten con la puntualidad de una cita; como los Bastiat y sus "armonías económicas", se dedican a cantar las glorias de un sistema eterno y sin contradicciones. Los neoclásicos se disponen a gastar el tiempo en la formulación de ciertas tablas pitagóricas para probar el equilibrio de tal sistema, inmóvil en su perfección. Se olvidan definitivamente que el desarrollo económico es la continua transformación de la estructura social y política de la sociedad, que sigue siempre adelante, a través de bruscas sacudidas y revoluciones, sin preocuparse de las teorías engañosas que inventemos para detenerla.

La mal llamada escuela histórica, llega hasta negar, paradójicamente, la existencia de las leyes del desarrollo histórico y económico. Y List, que se da cuenta de la desigualdad en el desenvolvimiento de las naciones, entre desarrolladas y no desarrolladas, y sostiene el proteccionismo como un medio para el desarrollo industrial de Alemania, llega a sostener la peregrina tesis de que los países situados en la zona tórrida no tienen vocación para ese desarrollo.

Se ha de necesitar el monstruoso estallido de la Primera Guerra Mundial, la crisis general de 1929-33, con toda su secuela de miseria y desocupación, para que el pensamiento economi-

co tradicional abandonara su "optimismo" en el funcionamiento automático del sistema y su pretendido equilibrio, que no era otra cosa que un constante y permanente desequilibrio. Un aristócrata inglés, nada menos que un Lord, Lord Maynard Keynes, se atreve a demostrar, aun dentro de los cánones académicos, que las crisis no sólo son la ruptura de un equilibrio estable entre la producción y el consumo, que no tiende a reajustarse en el mismo nivel, como creían los clásicos, sino que cuando realiza un nuevo y relativo equilibrio, lo hace en un nivel inferior, con la consiguiente desocupación crónica y depresión prolongada. En otros términos, las crisis, que son el resultado de la estructura misma del sistema, no sólo demuestran su inestabilidad y estancamiento sino su retroceso, con el terrible desperdicio que constituye la subutilización permanente de los recursos materiales y humanos. Para conjurar en cierto modo esta irracionalidad y paralización del sistema, se acude al Estado Benefactor, que ha de intentar sacarlo de su estancamiento por medio de una meditada redistribución de los ingresos y el sortilegio de las inversiones, que resultan generalmente de carácter militar, como aconteciera en la Alemania nazista y actualmente en los EE. UU.

Por más que se habla de la revolución Keynesiana, esta posición, que en realidad se queda todavía en la superficie de los problemas y obliga de alguna manera a la Santa Sede del pensamiento económico, como se ha dicho, a aceptar las contingencias de un sistema en plena decadencia y desintegración, no trata, de ninguna manera de suprimirlo, a fin de dar paso al desarrollo económico y social, sino que se propone refaccionarlo, repararlo, encadenarlo, colocándole unas piernas artificiales, para que pueda continuar caminando.

El pensamiento económico posterior no llega a superar los módulos keynesianos y sólo ha reincidentido en probar que en los países desarrollados, el sistema capitalista ya no puede desenvolverse a tasas compatibles con los recursos materiales y humanos de que dispone. En cuanto a los países subdesarrollados, como dice Baran, "un laberinto de disimulos, de hipocresía y de ficciones, confunden la controversia, requiriéndose un gran esfuerzo

para traspasar la cortina de humo que oscurece la cuestión central".

LA IDEOLOGÍA SOCIALISTA

Le ha de tocar al pensamiento heterodoxo, al socialismo científico de Marx y Engels y sus discípulos, llevar adelante la investigación de las leyes del desarrollo económico y social. Es profundamente significativo el hecho de que el sectarismo ortodoxo y el miedo cerval a las ideas, hiciera que se evitara mencionar al marxismo en el estudio del desarrollo económico, que emprende, a veces tímidamente, la burguesía en decadencia, siendo así que aquél es, por naturaleza y por esencia, la ciencia de la transformación económica y social.

Partiendo de Heráclito, que sostiene el cambio y la fluidez permanente de todos los fenómenos, "nadie puede atravesar dos veces el mismo río", enriquecido con el pensamiento de los enciclopedistas, y tomando de Hegel la médula racional de su dialéctica, el materialismo dialéctico establece las leyes más generales del desarrollo de la naturaleza, de la sociedad y el pensamiento. "Para la dialéctica no hay nada definitivo, absoluto, sagrado. Muestra la caducidad de todas las cosas y no existe para ella más que el proceso ininterrumpido del devenir y de lo transitorio, de la ascensión sin fin de lo inferior a lo superior, de la que aquella misma no es más que un reflejo en el cerebro pensante". (Engels).

La esencia del movimiento es la contradicción. Ya decía Hegel que "la contradicción es la raíz de toda vida y de todo movimiento. No es sino en la medida en que una cosa contiene en sí el germen de una contradicción, que ella vive y se agita. No es sino por el choque de los contrarios que el proceso de desenvolvimiento se hace posible y alcanza un nivel superior más allá de la contradicción. Pero ahí donde las fuerzas de desarrollo de la contradicción fallan, el ser o la cosa que es contrariada muere, por falta de esta contradicción".

Frente a la concepción de una naturaleza inmóvil, metafísica, "natura non facit saltum", la dialéctica, con su ley de los cambios de la cantidad en calidad, demuestra la realidad innegable de un desenvolvimiento por saltos, revolucionario, que abarca todos los procesos del desarrollo en sus diversos campos.

El materialismo histórico, es la aplicación del materialismo dialéctico al estudio de la sociedad y su historia. Toda sociedad para subsistir tiene que producir, de lo contrario perecería. El nivel de las fuerzas productivas —los instrumentos de producción y los hombres que los ponen en movimiento— así como las relaciones que se establecen entre los hombres en el proceso productivo, las relaciones de producción —de entre las cuales la esencial es la forma de propiedad de los medios de producción— constituyen el modo de producción, que es la base de la estructura y el cambio de las diversas formaciones económico-sociales.

La transformación continua y ascendente de los diversos modos de producción, obedece a la ley de la correspondencia obligada entre el nivel de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, que permiten y estimulan, cuando existe esta correspondencia, el desenvolvimiento de aquéllas. Pero cuando las fuerzas productivas, que constituyen el elemento más dinámico del modo de producción, entran en contradicción con las relaciones de producción que se han quedado rezagadas, en especial, como hemos dicho, la forma de propiedad privada de los medios de producción; entonces se entra en un proceso de transformación revolucionaria, que removiendo los obstáculos permite el desarrollo siempre creciente de las fuerzas productivas. Se trata de una violenta lucha entre las fuerzas retardatarias que se empeñan en mantener el **statu quo** y las fuerzas transformadoras que inrum-
pen hacia el porvenir.

Precisamente, las fuerzas por entonces progresivas que comandara la burguesía occidental europea y expresaran el desarrollo de las fuerzas productivas, tuvieron que romper revolucionariamente las relaciones de producción feudales, expresadas en la propiedad monopolista de la tierra; pero como la historia no se detiene por más que tratemos de inmovilizarla con nuestros con-

juros sibilinos, nuevamente el desarrollo de las fuerzas productivas que desencadenara el capitalismo y que ha adquirido una forma social, ya que el proceso productivo es la obra de miles y cientos de miles de trabajadores, ha entrado en contradicción con el modo de propiedad y apropiación individual, capitalista, de los productos, determinando un proceso revolucionario que ha de acabar con el sistema envejecido y caduco, para reemplazarlo por uno nuevo, el modo socialista de producción.

“El Capital” de Marx, es la aplicación del materialismo dialéctico e histórico al estudio de las leyes del desarrollo de un sistema económico-social determinado, el capitalismo. Basándose en la teoría del valor trabajo y en la piedra sillar de la plusvalía —que comprende el excedente que proviene de la diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo, a la que corresponde el salario, y el valor creado por aquélla al gastarse— nos explica la formación, acumulación y centralización del capital que se amontona en un polo, mientras la miseria crece en el otro, con todas sus contradicciones: desde la contradicción entre el valor de uso y el valor de cambio, la mercancía y el dinero, la pobreza y la abundancia, explotadores y explotados, o sea capitalistas y proletarios; entre la organización en la fábrica privada y la desorganización en la economía como un todo social; entre la máquina y el trabajador; entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; hasta culminar en la gran contradicción entre la producción social y la apropiación individual de los productos, que desencadena las crisis, la desocupación, la miseria, las guerras y que sólo ha de superarse con el derrumbamiento del sistema, para dar paso a uno nuevo, el socialista. Así, no sólo se destruye la falsa imagen de un capitalismo “eterno y armonioso”, sino que se pone al descubierto su naturaleza conflictiva, que ha de llevarlo irremediablemente a su desaparición, como una premisa indispensable para el desenvolvimiento ascendente de la humanidad.

A mediados del siglo XIX, Marx, que aún analiza los problemas desde el punto de vista de un capitalismo competitivo, demuestra que éste se encamina a la etapa monopolista, ya que la

libre competencia engendra la concentración, y ésta el monopolio; pero ha de ser sólo más tarde que economistas como Hobson, Hilferding, Rosa Luxemburgo, Bujarin, estudien esta nueva etapa; especialmente Lenin, que realiza la aplicación más consecuente del pensamiento marxista al análisis del imperialismo, última etapa del capitalismo, que se caracteriza por el monopolio, el capital financiero, fusión del capital bancario e industrial, la exportación de capitales y el nuevo reparto del mundo entre los grandes trusts internacionales.

La Primera Guerra Mundial, que es la confirmación práctica de esta teoría, determina que el socialismo deje de ser una utopía para transformarse en una realidad viva. Los estudios sobre la Revolución Rusa y el desarrollo económico planificado, por parte de los teóricos revolucionarios encabezados por Lenin, constituyen un aporte generalmente desconocido por los economistas ortodoxos, pero de un inmenso valor en la teoría del desenvolvimiento de los países subdesarrollados, al que se agrega la experiencia teórica de los dirigentes chinos como Mao Tse Tung, y los demás pertenecientes a las democracias populares, que no es necesario enumerar.

El socialismo demuestra prácticamente las ventajas de un sistema nuevo que, al poner en correspondencia las fuerzas productivas con las nuevas relaciones de producción, desencadenan un desarrollo económico extraordinario, que permite que en cuarenta años, a pesar de la guerra civil y la invasión exterior, la URSS pueda alcanzar un nivel industrial que, superando a los países europeos, se halla casi a la par con los EE. UU., que han necesitado siglos de desarrollo capitalista para alcanzar su estado actual. Experiencia igual o semejante, se obtiene del desenvolvimiento económico chino y los demás países socialistas.

EL PAPEL DE LAS IDEOLOGÍAS EN EL DESARROLLO DE AMÉRICA LATINA

Ya es un lugar común anotar el terrible contraste que existe entre una América Latina inmensamente rica por sus recursos

naturales y la miseria y el atraso en que se encuentra la casi totalidad de sus habitantes. El distinguido profesor norteamericano de la Universidad de Columbia, C. Wright Mills, describe el panorama general de esta región en los siguientes términos:

“La increíble pobreza (quizás las dos terceras partes de la población, padecen desnutrición); la mala salud (cerca de la tercera parte de la población, sufre infecciones o enfermedades por deficiencias); las colonias “internas” (una tercera parte de la población permanece fuera de la comunidad económica y cultural latinoamericana); la explotación permanente (dos terceras partes de la producción están sujetas a condiciones de trabajo semi-feudales); las economías monoproductoras (y la peligrosa dependencia de las fluctuaciones de los mercados extranjeros); los injustos e ineficaces sistemas de propiedad y tenencia de la tierra (las dos terceras partes de la tierra están controladas y con frecuencia mal utilizadas por las oligarquías nativas y las empresas extranjeras); el dominio extranjero (quizás la mayoría de las “industrias de extracción” son propiedad o están controladas por capital extranjero); los inadecuados sistemas de transporte los que existen son, principalmente, medios para transportar materias primas del interior a la costa, más que vehículos propicios para el desarrollo de mercados internos; los ineficaces sistemas de crédito y la falta de verdadero comercio dentro y entre estos países (el comercio entre ellos corresponde al 7% del comercio mundial de América Latina); las repetidas intervenciones —comerciales y militares— de grandes potencias mundiales; el dominio político de las oligarquías feudales, mezcladas con intereses de las compañías extranjeras y sujetas a los actos arbitrarios de los inflados ejércitos; los árbitros militares (desde fines de la Segunda Guerra Mundial, los Gobiernos de América Latina han “cambiado de manos” sin ningún “procedimiento formal” más de treinta veces). Estas son las realidades obvias de América Latina: de ayer y de hoy”.

Frente a esta situación, se ha producido una cantidad de literatura verdaderamente aplastante, para determinar las causas del atraso y el camino de desarrollo que deberían seguir estos

países del continente. Siendo imposible y quizás también inútil el presentar un catálogo interminable de obras y autores y dados los límites de esta exposición, sólo señalaremos brevemente algunos aspectos de las dos corrientes ideológicas fundamentales, capitalista y socialista, en las que se enmarca, de alguna manera, todo el pensamiento económico sobre este tema; pues, como hemos dicho, las terceras posiciones no son sino una manera de deslizarse suavemente en el campo del **statu quo**.

La ideología que sigue los lineamientos capitalistas, trata de explicar el retraso alarmante de Latinoamérica, por una serie de argumentos que no tienen naturalmente nada que ver con la estructura económico-social de estos países ni su dependencia de los centros imperialistas que los someten y succionan. Entre las razones de ese atraso, que se acostumbra mencionar, tenemos: 1) La ausencia de "espíritu de empresa", que es decir, espíritu capitalista; 2) El desorbitado e incontrolado incremento de la población, que absorbe toda posibilidad de desarrollo; 3) Como consecuencia, la falta de ahorro y capitalización; 4) La actitud levantisca y anarquizante de los pueblos latinoamericanos, que impide la afluencia de capitales foráneos, única panacea de ese desarrollo. Estas apreciaciones carecen de toda validez:

1) En cuanto a la falta de "espíritu de empresa", es decir, de nuestra ausencia congénita de espíritu capitalista, como causa del subdesarrollo económico de Latinoamérica, tiene implicaciones raciales y no merece mayor comentario. Se traduce en la afirmación, directa o indirecta, de que sólo las razas blancas, más concretamente la pureza racial angloamericana, es capaz de producir los "caballeros de industria" con el temple que les permita alcanzar y dominar el cielo capitalista, al que no pueden arribar los mestizos y los indios, condenados a doblarse y sangrar bajo la férula y en provecho de los grandes empresarios del Norte y Occidente. Cabría sólo anotar que si las metrópolis imperialistas han impedido el desarrollo del capitalismo en América Latina, mal podría hablarse de "espíritu de empresa", que es precisamente un resultado capitalista.

Sin embargo, para justificar tal posición, se desenterrarán a los conocidos sociólogos del racismo, como los Gobineau, los Lippusch y los Gumpilowicz, etc., o los geopolíticos del calibre de los Haushofer, que alimentarán la "ciencia naziista", reencarnándolos en la llamada "sociología del dólar y la bomba atómica", con lo cual se trata de imponer la expansión capitalista, la dominación colonial y la guerra. Jamás se habla naturalmente de la deformación de que han sido víctimas los países atrasados por la penetración imperialista ni del bloqueo que eso ha constituido y constituye para su desarrollo.

2) Ni a los vetustos economistas como Malthus, se les deja tranquilos en el sueño de su muerte ideológica, con el fin de justificar lo injustificable. El malthusianismo, que ya conocemos, cuidadosamente desempolvado, se le utiliza nuevamente para imputar el atraso de nuestros pueblos, no al sistema capitalista-imperialista, sino a la inmoderada y libidinosa procreación de los hombres de color. El crecimiento de la población al superar el de las subsistencias, determina la miseria y la imposibilidad de todo desarrollo. A pesar de que hace tiempo que fuera pulverizado el artificial contraste entre aquella progresión aritmética y la geométrica, a que se decía crecen las subsistencias y la población, pues la realidad ha demostrado precisamente lo contrario, **como lo prueban las crisis de superproducción, en las que se destruyen materialmente millones de mercancías**, se trata de utilizar este enmohecido artefacto teórico, para imputar a causas naturales lo que es efecto del sistema, pues éste es el que permite que un puñado de magnates del capital, de dentro y fuera del país, monopolicen la riqueza creada por las grandes masas trabajadoras, mientras se las mantiene en la opresión y la indigencia, impidiendo el desarrollo de las fuerzas económicas que permitirían su liberación.

3) En lo que se refiere a la falta de capitalización, lo que la corriente ideológica capitalista no analiza ni quiere analizar es:

a) Que gran parte de la riqueza generada por América Latina es absorbida desde el exterior, como una bomba succionante,

por el hábil manipuleo, por parte de los países imperialistas, de los términos de intercambio, o sea **la relación entre los precios de venta de nuestras materias primas, cada vez más envilecidos**, y el de los productos manufacturados que estamos obligados a comprar. Según un informe de las Naciones Unidas, entre 1870 y 1938, el valor de las materias primas de los países atrasados ha caído en un 40%, en relación con los productos industriales, situación indudablemente empeorada en los últimos tiempos. Se ha calculado que un incremento del 10% en el valor de las materias primas de los países subdesarrollados, significaría el aumento de 1.500 millones de dólares; y que para Chile, la baja de un centavo en el precio del cobre, por ejemplo, representa una pérdida de 6.300 millones de dólares.

El indicado profesor C. Wright Mills, refiriéndose a las llamadas "ayudas" financieras de los EE. UU. dice:

"Respecto de esta "ayuda" desde fines de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos han entregado en ayuda directa unos 31 mil millones de dólares a países fuera de América Latina y sólo cerca de 625 millones de dólares a América Latina (menos de lo que ha sido prestado a las Filipinas). Por sus "préstamos" (que equivalen a unos 2.500 millones), los Estados Unidos exigen la aceptación de una política económica que, dada la disminución de los precios de los productos latinoamericanos, cancela toda la ayuda y los préstamos. "En los últimos diez años —resume Paul Johnson— la caída de los precios mundiales (de la que han obtenido enormes beneficios los Estados Unidos y los demás países industrialmente desarrollados) ha significado una reducción neta del ingreso en América Latina de más de mil millones al año: tres veces más, en total, que la suma de la ayuda y los préstamos que esta región ha recibido durante el mismo período. Esta es la brutal aritmética que explica por qué cientos de millones de latinoamericanos se están empobreciendo cada vez más".

b) Que otra gran porción de esta riqueza que generan las masas trabajadoras de América Latina, sigue el mismo camino a través de las enormes ganancias que las empresas imperialistas

extraen de nuestro suelo y subsuelo latinoamericanos. Como se sabe, debido a la acumulación monopolista y la baja de la tasa de beneficio, ya observada por Smith y Ricardo, en los países supercapitalizados se produce un exceso de capital que no encuentra una inversión lucrativa y es exportado a los países atrasados, donde debido especialmente a los bajos salarios, obtienen grandes e ingentes utilidades. Reproducimos una síntesis elaborada por el economista mexicano Ramírez Gómez, basándose en el libro de Vicente Sáenz:

“Las inversiones de los Estados Unidos en Latinoamérica ascendieron a 4.700 millones en 1950 y a 6.000 millones en 1953.

El promedio de ganancias de las inversiones directas de los Estados Unidos en América Latina, fue de un 21% en 1948; de un 14.9% en 1949; de un 16.8% en 1950 y de un 20.5% en 1951. Las utilidades más altas del 31.1 por ciento como promedio en el período de 1948-1951, se obtuvieron en la industria petrolera y en el comercio que para el mismo lapso fueron de 28.1%.

Aplicando, en lugar del 28.1% que deja a los Estados Unidos el monopolio del comercio interamericano, sólo el 20%, llegaremos a la conclusión que las utilidades de 6.000 millones de dólares son de 1.200 millones en cada año del quinquenio 1951-1955, o de cantidades todavía mayores, pues según datos de la Embajada de los Estados Unidos en México, el capital privado de aquél país en Latinoamérica alcanzaba la cifra de 7.500 millones de dólares.

El aumento del valor total de la inversión privada extranjera en América Latina, después de la última guerra mundial, se debió en más del 60% a la reinversión de las utilidades y sólo en una tercera parte a las aportaciones de capitales nuevos.

En el año 1946, las inversiones netas fueron de 59 millones y el retiro de utilidades de 312 millones; en el año de 1950, de 191 y 659 millones y en el de 1951, de 187 y 717 millones respectivamente.

En los tres años a que se hace referencia se recibieron en total 437 millones por concepto de nuevas inversiones privadas norteamericanas, y se retiraron en calidad de utilidades, 1.688 millones de dólares.

Lo anterior nos indica, que el corto término de un lustro recobrarán los capitalistas norteamericanos su inversión, pero sin perder sus títulos de acreedores permanentes de nuestra pobre América Latina".

Según antecedentes del Departamento de Comercio de los Estados Unidos publicados en el "Survey of Current Business", mientras en la última década de 1950-60 Norte América invirtió en América Latina capitales por un monto total de 3.172 millones de dólares, sus empresas establecidas en esta parte del continente americano giraron a los Estados Unidos, como resultado de sus ganancias, la suma de 7.068 millones de dólares. Pero estas empresas, en realidad, ganaron mucho más.

La utilidad de esas empresas en la década mencionada fue de 9.594 millones de dólares y de esa cantidad total 2.028 millones fueron reinvertidos en Latinoamérica y 7.068 millones de dólares remesaron a sus principales casas en los Estados Unidos.

En lo que se refiere a la América Latina en 1961, Estados Unidos giró capitales de reinversión por un total de 203 millones de dólares y recibió, en cambio, como ganancias remesas por 716 millones de dólares, es decir, obtuvo una compensación de 513 millones a su favor.

El economista colombiano, Rafael Baquero Herrera, ha demostrado que por cada dólar invertido en América Latina, se reciben 2.24 de utilidades. Entre 1946 y 1955, la inversión directa en esta región fue de 2.156 millones y las utilidades transferidas llegaron a 5.267 millones, a lo que hay que agregar que los beneficios se están incrementando a un ritmo de 19.4%.

No queremos detenernos en el análisis de lo que significaban otros aspectos de esta dependencia del comercio exterior y cómo repercuten las crisis metropolitanas en nuestros países subdesarrollados.

c) Que otra porción de ese excedente económico generado por las grandes masas productoras de América Latina, es despilfarrado por la clase feudal capitalista, aliada del imperialismo, su alta burocracia inepta y corrompida, y los tremendos gastos militares efectuados para el sostenimiento gubernamental de las

oligarquías nacionales y una defensa continental que no tiene otro objetivo que penetrar más fácil y profundamente en la dominación económica, política y militar de nuestro hemisferio.

Que si en verdad las grandes masas productoras de América Latina no pueden, aunque quisieran, practicar el ahorro, debido a sus ingresos de mera subsistencia o mejor infrahumanos o infra-animales, como se ha dicho; también es cierto que la burguesía terrateniente y sus gobiernos, carecen de espíritu de ahorro y desperdician la riqueza nacional en la construcción de castillos señoriales, opíparos banquetes, viajes de placer al exterior, etc., imitando a los grandes multimillonarios de las metrópolis centrales, cuyos bisabuelos o tatarabuelos capitalistas, tuvieron el sentido del ahorro, hoy trocado en los grandes dispendios de la etapa monopolista.

Que el excedente económico que genera América Latina, debido al trabajo de sus grandes masas productoras y sus miserables ingresos, alcanzaría una cuantía tal como para permitirle un desarrollo vertiginoso, si desaparecieran las causas negativas determinadas precisamente por su dependencia de los países imperialistas que absorben su riqueza actual y limitan la que podría obtenerse si se removieran aquellos obstáculos.

4) Otra de las causas del subdesarrollo latinoamericano, según los cánones de esta corriente ideológica, es el espíritu levantisco y anárquico de las grandes masas populares, que impide el clima de tranquilidad, de comprensión y paz, que permita a los capitales extranjeros establecerse, blanda y cómodamente, en nuestra tierra inhóspita y huraña, pues la inversión foránea es la panacea para nuestras enfermedades del subcrecimiento. El silencio y la resignación han de ser, pues, como lo dijera el señor Randall, Presidente de la "Comisión Política Económica Exterior", "la atmósfera adecuada para nuestras inversiones". Sin comentar la forma cínica de este planteamiento, analicemos su contenido.

La inversión de capitales foráneos, que constituye la panacea de la ortodoxia económica, no puede promover el desarrollo de los países latinoamericanos sino más bien lo detiene y retarda. En

vez de capitalizarlos, los descapitaliza. Aun la CEPAL se ha atrevido a sugerir que las inversiones norteamericanas y occidentales no han podido promover el desarrollo económico de los pueblos que las han obtenido:

“Seguir poniendo el acento —dice— en la iniciativa privada extranjera como clave principal de nuestro desarrollo fortalecerá la creencia tan difundida en nuestra opinión pública de que la política de cooperación persigue primordialmente el designio de abrir nuevos campos de inversión al capital extranjero en provecho de los grandes centros industriales”.

Por otra parte, el sueño de aquellos que creen que en momento dado podría despertarse la “generosidad” de los países desarrollados para llenar el inmenso bache que ellos mismos abrieran entre las naciones ricas y pobres, olvidan que esos préstamos e inversiones, cualquiera que sea la careta que se pongan, no persiguen otra cosa que un máximo de beneficio, y que su cuantía está determinada por este objetivo invariable. Hay que recordar las desastrosas condiciones en que se realizan los empréstitos; pues en cuanto no revienten directamente y en gran parte al país “benefactor”, en compra de productos y la obligada ocupación de ciertos técnicos, van a parar a los bolsillos de las oligarquías cómplices de esos grandes atracos, realizados a costa del dolor, de la miseria y de la incultura de las grandes masas populares.

Por lo demás, el incremento de la cuantía de esos préstamos e inversiones, no haría otra cosa que volver más grandes y pesados los estabones de la cadena que nos ata a la servidumbre imperialista. Cuba ha sido uno de los países en los que más inversiones hicieron los Estados Unidos, ya que del total para América Latina, que ascendiera a 9.500 millones de dólares, absorbió la suma de 800 millones, o sea más del 8%. Y sin embargo, todo ello no hizo sino esclavizarla aún más y acrecentar la miseria de su pueblo, que al fin tuvo que tomar el futuro en sus propias manos:

“Si estudiamos las inversiones yanquis en América Latina, dice un economista, vemos que han pasado de 764 mi-

liones de dólares en 1908 a 7.000 millones de dólares en 1957. Sólo entre 1945 y 1952, Estados Unidos entregó en concepto de "ayuda financiera" 780 millones de dólares y recibió en cambio de los países latinoamericanos, en concepto de amortizaciones, intereses, utilidades y servicios la suma de 5.830 millones de dólares o lo que es lo mismo recibió 7 dólares por c/u que invirtió. Para poder pagar este exceso los países de América Latina han debido exportar más de lo que importan, comprimiendo los consumos y restringiendo la capitalización interna. Como resultado de ello, el desarrollo económico se realiza a un ritmo muy lento".

En cuanto al campo de las inversiones, su objetivo es captar las fuentes de materias primas y materiales estratégicos que necesitan para su industria. Para ello se han apoderado del petróleo de Venezuela, Perú, Argentina; del cobre, en Chile; hierro en Perú, Venezuela y México; hierro, manganeso y bauxita en Brasil, etc. La CEPAL en su informe de 1957, expone:

"La inversión extranjera (en América Latina) se concentra en un grupo reducido de operaciones y no desempeña gran papel en la formación de la infraestructura económica y social sobre la cual debe basarse todo nuevo ofrecimiento económico. Esto es natural ya que el inverso privado —fuente principal de recursos— no se interesa en desarrollar servicios o la producción de alimentos en el mercado interno sino que invierte en aquellas ramas que le reportan grandes utilidades"; y agrega: "Si un país trata de desarrollar estos recursos (servicios sociales, alimentos) y guardar los beneficios para sí, descubre que no puede contar con préstamos financieros".

Nadie puede dudar, a no ser que se halla cegado por los prejuicios y la mala fe, la acción descapitalizadora de las inversiones extranjeras.

EL DESARROLLO DE AMÉRICA LATINA NO PUEDE SEGUIR LOS CAUCES CAPITALISTAS

El error de la ideología capitalista consiste fundamentalmente en considerar que el desarrollo de América Latina podría rea-

lizarse por los canales del capitalismo, sin romper su estructura, y sometiénndose a las normas teóricas que le permitieron su ascenso en el pasado, que así adquieren un falso sentido de universalidad. Nosotros hemos venido afirmando, desde hace mucho tiempo, que el camino capitalista no es el que ha de llevarnos al desarrollo de nuestros países, ya que ello requiere la superación revolucionaria de un sistema ya en plena decadencia y descomposición; y que, por lo mismo, los propugnadores de aquella tesis, consciente o inconscientemente, olvidan:

a) Que desde su origen los actuales países capitalistas-imperialistas, siguieron un camino distinto del impuesto a los países no desarrollados; pues la capitalización de los países de Occidente, por ejemplo, se debió a la extorsión y explotación inmisericorde de los países coloniales, durante la etapa llamada de la acumulación primitiva, pues con el descubrimiento y colonización de Latinoamérica (siglos XV y XVI), corrieron ríos de oro, de sudor y de sangre indígena, para vitalizar y desarrollar el capitalismo occidental, lo que determina precisamente el retardo y estancamiento de su economía; y que en esta hora del mundo, Latinoamérica ya no puede reproducir este ciclo de enriquecimiento por medio de la conquista y la depredación, tanto más si continúa siendo colonizada y depredada, ayer como hoy, por el capitalismo monopolista de las metrópolis;

b) Que la diferencia entre los países superdesarrollados y subdesarrollados no es simplemente de carácter cuantitativo, sino cualitativo. Para los economistas ortodoxos, esa diferencia es únicamente cuantitativa, basada en la dimensión del ingreso. Es cierto que asombra el contraste entre los países desarrollados, que con el 15% de la población, obtienen el 62% del ingreso mundial; mientras que los subdesarrollados, con el 54% de la población, disponen sólo del 9% de ese ingreso. Pero hay algo que no les preocupa ni les conviene preocuparse a los ideólogos del capitalismo, algo fundamental, la diferencia cualitativa, o sea que se trata de unos países situados cómodamente en el centro, y otros, como simples piezas de la máquina de los primeros, colocados en la periferia. Hay que anotar que sólo en los últimos tiem-

pos, muy tímidamente y sin querer ni poder penetrar en la esencia de los fenómenos, se comenzó a hablar por parte del economista Raúl Prebisch, de la CEPAL, de los países del "centro" y de la "periferia", términos que luego se transforman en los de "desarrollado" y "subdesarrollado"; y,

c) No se considera que los países latinoamericanos no han podido tener un desarrollo normal, porque primero la conquista y luego la penetración imperialista, los deformaron, convirtiendo sus economías en apendiculares, habiendo tenido que adaptarse y arrastrarse bajo las ruedas del capitalismo monopolista:

"Acaso no tienen economías deformadas, dice el economista Ramón Ramírez Gómez, la República Chilena, con un 71 % de exportación de cobre del total de su comercio exterior; Bolivia, con el 59 % de estaño; Brasil, con el 62 % de café; Honduras con el 60 % de plátano; Venezuela con el 92 % de petróleo, y la propia Cuba —con anterioridad a la Revolución— con el 79 % de azúcar? Tan deformadas, que en gran cantidad tienen que importar los productos como trigo, maíz y arroz, siendo eminentemente agrícolas y la casi totalidad de bienes manufacturados, ropas y utensilios de uso doméstico, algunos de los cuales se elaboran con las materias primas que ellos mismos exportan".

Por otra parte, profundizando un tanto más nuestro análisis, encontramos que las condiciones de deformación y dependencia en que se hallan los países subdesarrollados, no les permiten seguir los patrones capitalistas que se les presentan como modelos. Sabemos que la acumulación del capital se realiza a costa del excedente creado por las masas productoras, y que éste es tanto mayor de acuerdo con la productividad del trabajo determinado por la técnica, la que, a su vez, se desarrolla por los efectos de esa acumulación, pues a medida que se acumula el capital se orienta hacia la producción de medios de producción, con lo que se incrementa la técnica. Así la producción de medios de producción y el progreso tecnológico, dependen de la demanda de dichos bienes, que constituyen el objetivo de la inversión y se estimulan mutuamente. Los procesos de acumulación e inversión

constituyen de esta manera un conjunto a través del cual se desarrolla la economía en los países pioneros del capitalismo.

No ocurre lo mismo en los países subdesarrollados y entre ellos los de América Latina, como ya anotara el economista brasileño, Cayo Prado Junior. En estos casos, los procesos de acumulación e inversión no se hallan formando un mecanismo conexo sino distorsionados, amputados el uno del otro, ya que al no ser en términos generales productores de medios de producción, tienen que adquirirlos de fuera, de las economías metropolitanas, de manera que su acumulación interna sirve de demanda y alimenta una economía ajena, exterior, con objetivos distintos de la periférica, que pierde su propio estímulo y desvía su impulso acumulativo y su poder adquisitivo interno, estableciendo un continuo desequilibrio entre la producción y el consumo. De esta manera, la acumulación se halla obstaculizada por factores extraños y opuestos a su desarrollo.

Esto se acentúa aún más al tratarse de las empresas extranjeras, cuya inversión de los enormes capitales acumulados con el lucro obtenido en nuestros países, se hace en función exclusiva de los objetivos determinados por los negocios de los grandes trusts internacionales, sin tomar en cuenta las necesidades del desarrollo interior latinoamericano, cuando no se fugan definitivamente de nuestra región. En estos casos, la ruptura entre la acumulación y la inversión se produce en forma total, dependiendo el posible desarrollo económico de nuestras naciones, de la exclusiva voluntad de las metrópolis centrales y dominantes, que no pueden tener ningún interés en ese desarrollo, pues les conviene mantener esta división frontal entre países productores de materias primas y compradores de productos manufacturados.

De ahí que hasta la pseudo-industrialización que parecería conferir cierto espejismo de independencia a algunos de nuestros países, se realiza bajo el control directo o remoto del capital principalmente norteamericano y de acuerdo con sus específicos intereses monopolistas. Igual acontece con la llamada reforma agraria que, dados los límites a que se la confina, no sirve sino para echar tierra sobre los ojos de las grandes masas campesinas, man-

teniendo, en lo fundamental, el retraso agrícola con todas sus consecuencias.

No es por el camino capitalista, que es el camino del subdesarrollo, por el que han de desenvolverse nuestras naciones latinoamericanas, por más que se trate de cubrirlo con el falso calificativo de "democrático", para encubrir dolosamente la penetración imperialista, el sojuzgamiento, la humillación y explotación de nuestros pueblos. No puede llamarse libre una nación que esclaviza a otras naciones. Como anota Baran:

"Es esta incapacidad del capitalismo para "ir más lejos con las cosas materiales", para servir de andamiaje al desarrollo económico y social, lo que obliga a sus apologistas políticos a confiar más su estabilidad en el circo que en el pan, en las artimañas ideológicas que en la razón. Por eso la campaña para conservar el capitalismo tiene actualmente una publicidad más intensa que nunca, presentándola como una cruzada a favor de la democracia y de la libertad".

La ideología capitalista, reflejo de un mundo en descomposición, basada en la iniciativa privada y el beneficio individual, la anarquía y el desperdicio de fuerzas productivas, no puede ser el camino del desarrollo de los países latinoamericanos. Si según los estudios de la CEPAL, América Latina necesita 250 años para alcanzar a su modelo, los Estados Unidos, dentro de los cánones capitalistas, se tiene que buscar otro camino que le permita recuperar el tiempo perdido, como se dijera a la manera de Proust.

LA REVOLUCION SOCIALISTA Y LA PLANIFICACION ECONOMICA INTEGRAL

Frente a la corriente ideológica capitalista, que no ofrece ninguna posibilidad de un desarrollo consecuente, se levanta la ideología polarmente opuesta, el socialismo científico de Marx y Engels, que ampliado y aplicado por Lenin y una pléyade de teóricos revolucionarios, a la etapa monopolista imperialista, de opresión colonial, constituye, en la teoría y en la práctica, el ver-

verdadero camino para el desenvolvimiento de los países coloniales como América Latina. "Porque, como dice Baran, ahí donde se requieren cambios económicos estructurales de gran alcance para que el desarrollo económico de un país tome un ritmo acelerado y sobrepase el crecimiento de población, donde las indivisibilidades técnicas hacen depender al crecimiento de grandes inversiones y de la planificación a largo plazo, donde los moldes tradicionales de pensamiento y de trabajo obstaculizan la introducción de nuevos métodos y medios de producción, sólo una radical reorganización de la sociedad y una movilización integral de toda su potencialidad creadora puede sacar a la economía de su estancamiento. Como se ha mencionado anteriormente, las simples nociones de desarrollo y crecimiento sugieren una transición de algo que es viejo, que ha caducado, hacia algo que es nuevo".

Desde el comienzo, como se ha anotado, nuestras naciones se encontraron con el ocaso del feudalismo y del capitalismo, sufriendo los estertores de ambos en el impacto de la subyugación imperialista. A la presión del señor feudal se sumó la del capitalismo nacional y extranjero; al oscurantismo despótico del terrateniente, la rapacidad brutal del empresario. Las masas, cada vez más explotadas, no vieron que el fruto de su sudor y de su sangre fructificara su tierra, sino que iba a repletar las arcas de sus explotadores extranjeros en contubernio con los nacionales; se hablaba de las maravillas de la civilización, pero sólo existía la realidad de la miseria, de la discriminación racial, del analfabetismo, de la incultura y la muerte.

No se trata, por lo mismo, de destruir el feudalismo y liberarse del imperialismo para quedarse dentro del capitalismo, porque esto sería absurdo, sino de echar por la borda todo un pasado de ignominia, de retraso y opresión. No se trata de una revolución simplemente democrático-burguesa, comandada por la burguesía, como piensan y quieren algunos, sino de una revolución socialista de obreros, aliados a los campesinos, estudiantes, intelectuales honestos; la misma que ha de cumplir las tareas de la revolución democrática, que consisten en la destrucción del feu-

dalismo y la liberación nacional, como simples pasos y al mismo tiempo que se sientan las bases de una transformación socialista de sus economías. Lo contrario significaría quedarse dentro del mismo cauce capitalista y estancarse, como le aconteciera, entre otras, a la revolución mexicana, boliviana, argentina, venezolana, etc. Se trata de una revolución permanente, como la propugnaron Marx, Engels, Lenin, Trotsky, que tiene como objetivo el avance hacia una etapa del progreso de la humanidad, la etapa socialista.

Sólo la propiedad social de los medios de producción, que suprime el dominio y enriquecimiento individual, basados en la explotación de unos hombres por otros y de unas naciones por otras; sólo el desarrollo planificado integral socialista, de nuestras economías deformadas, envejecidas prematuramente, donde coexisten entrelazados y superpuestos, en estratos petrificados, desde los rezagos esclavistas supervivientes hasta el imperialismo, última etapa del capitalismo, promoviendo el desarrollo orgánico y armónico de una agricultura colectivizada y la industria pesada y liviana; de la producción de medios de producción y artículos de consumo; de la producción y crecimiento del consumo y la inversión; sólo la utilización plena de todos nuestros recursos naturales y humanos y el excedente actual y potencial, en beneficio de la sociedad; sólo eso ha de determinar una verdadera elevación del estándar de vida de nuestras masas trabajadoras, sacándolas de la miseria y abyección a que se les ha condenado; la destrucción del analfabetismo, de la insalubridad, etc., en una palabra la liberación económica, social y cultural de nuestros pueblos. Y sólo el socialismo y la planificación socialista latinoamericana, ha de ser el camino de unificación e integración, de nuestros pueblos, los Estados Socialistas de Latinoamérica.

Y esto ya no es una utopía sino el conocimiento científico de las leyes que determinan el único desarrollo posible de los países latinoamericanos. Si la URSS fue el primer país que encarnara lo que antes se llamara el sueño socialista, para transformar en realidad el anhelo ancestral de millones y millones de hombres por obtener su liberación de la miseria económica, mo-

ral y cultural; en nuestra América Latina, otro país, Cuba, la Perla del Caribe, ha sido la primera en demostrar, en la teoría y en la práctica, que esos anhelos pueden también y deben realizarse en nuestra tierra latinoamericana.

Cuba, a pesar de los esfuerzos del coloso yanqui por doblar, por todos los medios, su resistencia e intervenir en su destino; a pesar de los obstáculos de toda naturaleza que ha de encontrar en la construcción de un orden nuevo, de un sistema nuevo; a pesar de la confabulación de todas las fuerzas de la reacción latinoamericana por ahogarla; de las patrañas y mentiras urdidas por la prensa internacional a sueldo; se mantiene en pie, realizando, en poco tiempo, un desarrollo económico vertiginoso, según he podido constatarlo personalmente. No es el momento de dar cifras y además ya lo he hecho en una charla pronunciada bajo los generosos auspicios de la Asociación de Economistas de Quito; pero la Revolución Cubana, Cuba, el país pionero del socialismo latinoamericano, está demostrando la eficacia de la ideología socialista en el desarrollo de nuestras economías nacionales.

Dos corrientes ideológicas, pues, se enfrentan al desarrollo de América Latina: la ideología capitalista, imperialista, que propugnan las fuerzas del pasado, de la reacción, del statu quo; y la ideología socialista, que comienza a despertar de su letargo de siglos, a las grandes y sufridas masas de nuestro continente. El camino no es difícil escoger para todos aquellos que anhelamos una América grande y libre, especialmente para las juventudes universitarias. La lucha ha de ser y debe ser formidable en todos los campos; pero el triunfo final ha de estar de parte de quienes mejor han sabido interpretar las verdaderas leyes del desarrollo económico y el progreso social de nuestros pueblos; y desde hoy, yo me atrevo a saludar, el triunfo de los Estados Unidos Socialistas de América Latina.